

La política latinoamericana de Estados Unidos y la nueva convivencia con Cuba: El conflicto en su laberinto

Jorge Hernández Martínez

El primer aniversario del proceso iniciado el 17 de diciembre de 2014 colocó de nuevo, con mayor énfasis y profundidad, el examen de las relaciones entre Cuba y Estados Unidos entre los principales temas de los análisis y estudios internacionales. La Revolución Cubana y el histórico conflicto con Estados Unidos aparecen como objeto de reflexión renovada, acrecentando la ya muy extensa bibliografía acumulada. Sin embargo, en buena medida el abordaje permanece –lo cual no sólo es lógico, sino necesario– en el nivel bilateral de ese prolongado diferendo, focalizado en los factores y condiciones que lo explican, en los aspectos que conforman la agenda entre los dos países y las alternativas que se dibujan en la marcha del restablecimiento de los lazos diplomáticos hacia una eventual normalización. Una lectura de los numerosos, bien documentados y sugerentes trabajos escritos durante el tiempo transcurrido desde la mencionada fecha evidencia esa pauta, a tal punto que pareciera que casi no queda nada nuevo por decir, más allá de seguir con atención la evolución del proceso en curso¹.

Por otro lado, cuando se miran los acontecimientos, queda claro que los dos gobiernos dialogan al más alto nivel sobre las cuestiones más

diversas, complicadas, relevantes y estratégicas para ambas naciones, realizan encuentros técnicos para instrumentar medidas concretas, si bien reiteran a través de sus presidentes las mismas posiciones expuestas un año atrás. Se reconocen los avances, se subraya la importancia de continuar el camino emprendido, se anuncian otras acciones, pero a la vez, las dos partes reafirman los puntos de partida y objetivos de dicho camino. Cuba insiste en la necesidad de poner fin al bloqueo, a la retirada del territorio ocupado en Guantánamo por la base naval norteamericana, y a la política migratoria preferencial otorgada a los migrantes procedentes de la Isla, en tanto que Estados Unidos reafirma su compromiso con la extensión de sus modelos de democracia y libertad a la sociedad cubana². Con esa materia prima, la mayoría de los estudios penetra en la realidad interna de Cuba, en sus contradicciones, debilidades y fortalezas, en los factores domésticos en Estados Unidos que impulsan y dificultan los pasos a dar, valora el funcionamiento de los mecanismos utilizados, los efectos para el presente y el futuro inmediato y la probable reversibilidad o progreso de la nueva etapa de la relación bilateral. Menor atención ha recibido otra cuestión relevante –y complementaria de la anterior–, como la de la política exterior de Cuba, condicionada de modo decisivo por la confrontación con Estados Unidos, y la consiguiente inserción internacional de la Revolución en un mundo cambiante, y ya cambiado³.

El presente trabajo tiene el objetivo limitado de encuadrar el escrutinio del conflicto en la política latinoamericana de Estados Unidos, reteniendo algunas claves históricas y teóricas proyectadas hacia el presente. De modo que no examina la bilateralidad aludida ni la proyección externa de Cuba, aunque asume como premisa el carácter multilateral del diferendo y la significación latinoamericana que conlleva el nuevo momento. No sólo atendiendo a las implicaciones obvias que tendrían el despliegue, estancamiento o retroceso de las acciones emprendidas por los dos gobiernos para los desarrollos que tienen lugar en la escena geoeconómica y geopolítica actual de América Latina –como los espacios de integración o concertación, los movimientos pendulares o cíclicos entre la izquierda y la derecha, las crisis o recomposiciones estructurales y coyunturales, que involucran a países y subregiones–, sino porque el reajuste operado en la política de Estados Unidos responde a un proyecto de dominación global, que toma en cuenta justamente los cambios en la correlación hemisférica de fuerzas, de modo tal que el tratamiento actual hacia Cuba viene a ser, como en una ecuación algebraica, una función de esa readecuación hacia América Latina.

Lo que está aconteciendo no es algo novedoso. De alguna manera, desde el propio triunfo revolucionario en 1959 –muy visible, por ejemplo, en los decenios de 1960, 70 y 80–, Cuba, excluida del sistema

interamericano, ha sido pieza funcional en la política latinoamericana de Estados Unidos, contribuyendo de modo decisivo a troquelarla, variando ese rol en la medida en que se modifican las circunstancias históricas. Así, lo “nuevo” en la manera en que se orienta la relación de Estados Unidos con Cuba mirando hacia América Latina en la década de 2010 no lo es tanto, si bien no quiere decir que se trate de “lo mismo”. Sin desconocer los elementos cambiantes tanto en la convivencia estadounidense actual con América Latina en su conjunto como con Cuba, hay cuestiones que mantienen su vigencia. Desde los años de 1990, Lisandro Otero expresó una idea y una interrogante que podrían repetirse hoy, prácticamente utilizando, con exactitud, sus palabras. Bastaría con sustituir sólo el nombre del entonces gobernante de Estados Unidos por el de Barack Obama, y por ajustar la referencia temporal: *“El presidente William Clinton está animando una estrategia de grandes perspectivas”*, –señalaba. En sus discursos el nuevo mandatario parece, en ocasiones, animado de la mística de los visionarios, de los grandes idealistas. Si por primera vez en dos siglos el poder norteamericano diseña un nuevo tratamiento hacia América Latina, que excluya las relaciones de supremacía, las consecuencias dejarán una huella de magnitud legendaria. ¿Pudiera, quizá, la nueva era comenzar con Cuba?⁴.

La exposición que sigue se acoge a esa perspectiva y fija ante todo unas premisas basadas en la adscripción a ciertas argumentaciones establecidas y en el cuestionamiento de otras, a los efectos de situar el panorama dentro del cual Estados Unidos examina a América Latina y Cuba. De ahí, se transita a miradas sucesivas sobre la política norteamericana hacia América Latina, la modificación del balance de fuerzas políticas registrado desde finales del pasado siglo y sus principales repercusiones para las relaciones entre la región y Estados Unidos, colocando a lo largo del análisis referencias al conflicto de este último con Cuba en ese escenario. Más que un camino largo y tortuoso, el que sigue el conflicto semeja una suerte de laberinto, en el que es posible extraviar el rumbo.

La relación de Estados Unidos con América Latina ha estado signada, desde el punto de vista histórico, por una suerte de patrón, que si bien no ha permanecido inmutable, se reitera como una pauta recurrente. Reconocidos latinoamericanistas la dibujan con diferentes matices, si bien coincidentes, destacando sus acentos a partir de la Segunda Guerra Mundial. Para Lars Schoultz, *“tres consideraciones siempre han determinado la política norteamericana hacia América Latina: primero, la presión de la política doméstica; segundo, la promoción del bienestar económico; y tercero, la protección de la seguridad”*⁵. Según Abraham Lowenthal, *“la relación entre Estados Unidos y América Latina ha estado definida por la presunción hegemónica de Estados Unidos, a saber, la idea de que Estados Unidos tiene el derecho de insistir en la solidaridad*

–por no decir la subordinación– política, ideológica, diplomática y económica de todo el Hemisferio Occidental¹⁶.

Una primera observación tiene que ver con la inconsecuencia entre los dichos y los hechos. Desde la Cumbre de 2009, en Trinidad & Tobago, el presidente Obama manifestó la intención de proceder a un nuevo comienzo, a dejar atrás el pasado. Ello hubiese supuesto modificar el patrón mencionado, o sea, relativizar cuando menos el lugar asignado a América Latina en la visión de la región desde el ámbito interno en Estados Unidos, despojándola del simbolismo que la ha acompañado hasta la fecha. A la vez, se hubiera requerido cambiar de modo esencial el estilo de enfocar los problemas de la seguridad. En cambio, no ocurrió nada de eso. Obama habló de recuperar la influencia en América Latina, de fortalecer el liderazgo, de recrear la confianza y la credibilidad. En realidad, no fue más que un discurso atractivo, ya que el decurso de los hechos fue por otro camino. Apenas unos pocos meses después, Estados Unidos apadrinó desde la sombra el golpe de Estado con ropaje democrático en Honduras y apeló a la reactivación de un viejo tratado con Colombia, encaminado a dinamizar y ampliar sus bases militares allí. La ofensiva contra Venezuela siguió su anterior trayectoria, alentando la subversión; hacia Cuba se aumentaron los fondos para los proyectos subversivos. De alguna manera, la Cumbre siguiente –la de 2012, en Colombia–, no evidenció cambios sustanciales, y por ese camino se llegó al evento de Panamá en abril de 2015, teniendo como antesala la divulgación de la Estrategia de Seguridad Nacional un par de meses antes, en febrero, la cual contrastaba con la anterior, de 2010, en la que apenas se mencionaba a América Latina, con énfasis entonces en México, Brasil, Argentina. Ahora se identificaba a países como Cuba, Venezuela, y a Centroamérica como subregión, entre los focos de atención. Y como adición, se emitía una declaración previa a la Cumbre, en el mes de marzo, acerca de la supuesta amenaza que constituía Venezuela para la seguridad nacional norteamericana, con toda la implicación que llevaba consigo este tema en un foro en el que la cuestión cubana y su nexos con la izquierda latinoamericana podían contaminar toda la agenda.

Una segunda observación se refiere al hecho de que América Latina, como se sabe, no es un todo homogéneo. Algunos autores, como Luis Maira, hablan de una América Latina del Norte, y de otra, del Sur, marcando, con razón, diferencias sustantivas en cuanto a la significación de los procesos que acontecen en tales regiones para los intereses de Estados Unidos⁷. Para Maira, por tanto, la eventual nueva relación que pudiera ser viable con América Latina tendría que ponderar esos contextos, evaluando preocupaciones, amenazas, oportunidades y considerando que en el despliegue de su estrategia global (geopolítica y geoeconómica), Estados Unidos

presta atención a los posibles espacios en disputa con actores extra-regionales que procuren ganar posiciones en las variadas subregiones del hemisferio, como es el caso de China. Según esa visión, los gobiernos norteamericanos han ensayado diversas racionalidades para organizar las relaciones con sus vecinos del Sur y han aplicado numerosas políticas concretas. Ninguna de ellas ha tenido continuidad y todas han fracasado con prescindencia de los partidos que la formularon o los estadistas que las dirigieron. Concordando con Maira, sin embargo, a los efectos de la limitada pretensión y extensión de este trabajo se habla, como regla, de América Latina, asumiéndola en su conjunto, incluyendo al Caribe, reteniendo la comunidad de problemas e intereses que representa para el proyecto de dominación norteamericano.

Sobre tales bases, muchos autores señalan, con razón, que en notable medida la política latinoamericana de Estados Unidos se ha concebido más como una suma de tratamientos bilaterales o subregionales que como un diseño coherente, globalmente armonioso.

Sirvan los comentarios expuestos como ejemplificaciones de que para evaluar la viabilidad de una mayor consecuencia o coherencia entre la retórica y el desempeño real de la política norteamericana hacia América Latina, de lo que se trata es de constatar que se implementan acciones reales, palpables, que se traducen a la vez en una imagen en el plano simbólico, de que se dan pasos en una dirección que se aparta de la pauta esbozada por Schoultz⁸.

Los cambios en las relaciones interamericanas no han sido ajenos a las visiones académicas generadas por expertos, grupos de trabajo y entidades prominentes en el campo de los estudios latinoamericanos en Estados Unidos, que en ocasiones han aportado criterios a la instrumentación de la política exterior hacia la región, conjugándose con las oportunidades que ha brindado la propia dinámica interna estadounidense y la misma región latinoamericana. Quizás convenga recordar algunos ejemplos: cuando al inicio de la década de 1970, a raíz del Informe de la Comisión Rockefeller, elaborado un año antes, o durante el transcurso de ese decenio, cuando en 1974 y 1976 se confeccionaron, respectivamente, los Informes I y II de la Comisión Linowitz, con diagnósticos y recomendaciones sobre la manera de reorientar la política latinoamericana de Estados Unidos, con afiliación liberal, que nutrieron a gobiernos de los dos partidos, como los de Nixon, Ford y Carter. Los llamados a considerar la llamada “relación especial”, la “asociación madura” o las exhortaciones a establecer un “nuevo diálogo”, encontraron cierto eco, si bien el propio movimiento económico y político latinoamericano afectó las acciones en curso. En la década del ochenta, el Informe del llamado Comité de Santa Fe, junto a las propuestas conservadoras

contenidas en documentos elaborados por la *Heritage Foundation* y el *American Enterprise Institute*, entre otros, hallaron receptividad en la los dos períodos de la Administración Reagan, sobre todo al calor de la crisis centroamericana, en contrapunto con las sugerencias de *Policy Alternatives for the Caribbean and Central America* (PACCA). Con posterioridad, iniciativas similares de otras instituciones, como *Interamerican Dialogue*, *Council On Foreign Relations* y *Brookings Institution*, de orientación liberal y vinculadas al partido demócrata, tendrían una resonancia similar.

La Cumbre de las Américas celebrada en Panamá en abril de 2015, es un hito revelador en el desarrollo de las relaciones interamericanas y del significado del proceso de diálogo entre Cuba y Estados Unidos en el rediseño del enfoque de este último país hacia la región latinoamericana. De ahí que haya recibido gran atención desde ángulos diversos y hasta contrapuestos⁹. En rigor, el evento fue un momento culminante de la trayectoria previa y que corroboró lo que los expertos visualizaban desde unos años antes. Lowenthal había señalado que *“en los últimos cincuenta años, cambios de gran trascendencia en América Latina y el Caribe, así como transformaciones destacadas en el interior de Estados Unidos y a todo lo largo de la arena internacional, han mudado de manera significativa las relaciones interamericanas”*¹⁰. Según argumentaba, el patrón que caracterizaba a estas últimas al comenzar el decenio de 2010 era muy diferente del que prevaleció en las décadas precedentes, en tanto manifestaba la capacidad de adaptación de los Estados Unidos para convivir con liderazgos radicales de la izquierda latinoamericana en el gobierno –aliados o simpatizantes de Cuba–, reconociendo los límites para las intervenciones militares y asumiendo la funcionalidad de los instrumentos de influencia ideológica y cultural, a través del empleo calibrado del *soft* y *smart power*, como acciones opcionales o complementarias (incluso encubiertas) al uso directo de la fuerza. Pareciera que a partir de Panamá se aplicaba ese patrón, y que se abría una nueva era, como la imaginada por Lisandro Otero.

Desde diferentes enfoques, diversos analistas han estudiado las percepciones estadounidenses sobre América Latina, marcando con acentos diferenciados el peso de la ideología, el pragmatismo, la continuidad y el cambio. Una de las tendencias que mayores implicaciones pudiera tener para el escenario de hoy y de mañana es la del efecto de remolino, identificado por Pastor como una pauta metafórica que ha llevado a Estados Unidos a incorporar una lógica específica (o al enfoque aplicado hacia un problema o una subregión) a otras cuestiones, que se ven así arrastradas de forma incontrolable hacia un mismo tragante o fondo¹¹.

El nuevo entorno que servía de antesala a la Cumbre de 2015 fue descrito en función de que *“la cartografía hemisférica ha vivido, en la dos últimas décadas, una transformación sin precedentes, dando lugar a nuevas formas de expresión del multilateralismo en la región, a nuevas modalidades y enfoques en el desarrollo del regionalismo y de la integración regional, y a nuevas articulaciones entre las tensiones y luchas que se estructuran en una nueva arquitectura de poder que algunos analistas no dudan en calificar como post-neoliberales o post-hegemónicas”*¹². Andrés Serbin ha especificado el papel de *“una creciente influencia de nuevos actores emergentes a nivel internacional; en primer lugar China, pero también Rusia, India e Irán, y la creciente emergencia de la región del Asia-Pacífico en la economía internacional. En este marco –ha precisado–, la autonomía de los países de América Latina y el Caribe se acrecentó en relación a los Estados Unidos y emergieron, en la primera década de este siglo, una serie de organismos intergubernamentales, como nuevas formas de concertación política intergubernamental y con nuevos temas de agenda, propiamente latinoamericanos y caribeños”*. No obstante, al incorporar en su análisis el desenvolvimiento ulterior, agregaba que se advertía *“el inicio de un nuevo ciclo político en la región, cuyo perfil está aún por definirse, pero que no podrá darle sostenibilidad a muchos de los proyectos regionales surgidos en la década previa (...). En este marco, el inicio de las conversaciones entre los gobiernos de Estados Unidos y de Cuba, enfocadas en una normalización de sus relaciones, constituyen un primer paso de una estrategia política estadounidense orientada a la región, al enviar una clara señal que apunta a recomponer las relaciones con los países de la misma y a promover una nueva presencia e influencia de los Estados Unidos en América Latina y el Caribe, más allá de sus tradicionales áreas de influencia y de vinculación con Centroamérica, el Caribe y México, y de una agenda centrada en el narcotráfico y la inmigración. El trasfondo de esta nueva orientación responde a varios factores extra-regionales”*¹³.

En otro sentido, por encima de la asimetría y la desconfianza acompañantes del conflicto entre Cuba y Estados Unidos, se ha pasado al diálogo, la cooperación y al restablecimiento de relaciones diplomáticas, hablándose de posible normalización y de convivencia civilizada. En las palabras de Soraya Castro, *“eso convierte el momento histórico en trascendental y señala una etapa cualitativamente diferente”*; pero *“el axioma y objetivo estratégico del gobierno estadounidense, sin embargo, se mantiene inalterable: la destrucción del proceso revolucionario cubano”*¹⁴. Rafael Hernández matiza esta afirmación cuando relativiza o cuestiona esa aproximación, al apuntar que *“la verdad de que el cambio mantiene los mismos objetivos, haciendo uso solo de diferentes medios, resulta autoevidente y simple que apenas nos sirve para entender lo esencial de este proceso (...). Los que subestiman*

el significado del cambio en los medios parecen olvidar que la política consiste precisamente en ellos, tan diferentes como pueden serlo las bombas y el diálogo”¹⁵.

Resulta válido entonces el criterio de que la realidad depende del ángulo desde donde se mire. Entrevistado sobre las razones que motivan el cambio de la política de Estados Unidos hacia Cuba, William LeoGrande no menciona, en su análisis, un aspecto fundamental: las transformaciones internas en la isla, lo cual es, para muchos, el factor clave en los reajustes operados. Su respuesta señala en cambio: *“Creo que hay dos razones fundamentales (para el restablecimiento de relaciones). Una, fue la presión que ejercieron los presidentes de América Latina en la VI Cumbre de las Américas, a la que Estados Unidos no permitió que Cuba asistiera. Segunda cuestión: los cambios políticos en Miami. No sólo en las encuestas de opinión, sino también el hecho de que el propio presidente Obama ganó la mitad del voto cubanoamericano en 2012. Entonces, si la comunidad cubanoamericana ya no era una comunidad conservadora homogénea, un presidente podría asumir el riesgo de un cambio de política hacia Cuba y no pensar “he perdido la Florida para las próximas elecciones”. Esas dos cosas fueron muy importantes. Pero también hay que dar crédito al presidente Obama. Él reconoció que la vieja política no tenía sentido”¹⁶.* Los elementos reseñados por LeoGrande, desde luego, son reales y de gran impacto. Pero no debe omitirse el impacto de la llamada actualización del modelo económico ni lo que pudiera ser el legado que, junto al de Obama –que es de los aspectos que más se mencionan–, quisiera dejar Raúl Castro, como culminación del muy largo período conducido por Fidel o de su propio desempeño, a fin de balancear o completar el análisis.

La política exterior de Estados Unidos hacia los países de América Latina y el Caribe durante los dos períodos presidenciales de Barack Obama (2009–2016) ha estado marcada más por la continuidad que por el cambio. La anterior afirmación no hace sino reconocer un lugar común, que no desconoce la moderación en el lenguaje, el discurso sobre un nuevo comienzo en sus relaciones con la región y un empleo de lo que se ha denominado poder inteligente. En la práctica se trata de aplicar un enfoque casuístico con un balance en el empleo de todos los instrumentos de política, tanto del llamado poder blando como del duro¹⁷.

Respecto a Cuba, ciertas limitadas decisiones flexibilizando los viajes y las remesas de los cubanos en Estados Unidos a su país de origen (2009) y el otorgamiento de licencias para visitas con propósitos específicos (2011), no discontinuó la política subversiva de su predecesor, e incluso aumentó el financiamiento de esos programas hasta 20 millones de dólares anuales. Desde la perspectiva oficial

norteamericana, el rasgo distintivo de la política de ese país hacia la región ha consistido en poner el énfasis en la asociación y la “responsabilidad compartida”.

Durante la mayor parte del tiempo de su presencia en la Casa Blanca, las modificaciones en la política de Obama han sido más bien limitadas por el entorno político, económico y social que lo ha constreñido. Algunas de las promesas enunciadas desde el principio, como eliminar la cárcel de la base de Guantánamo –no devolver la ilegal base a su dueño: Cuba–, o realizar una reforma migratoria, o no se cumplieron, o quedaron postergadas, o se tomaron decisiones muy limitadas para paliar esos problemas.

La importancia de insistir en este asunto en las postrimerías de su segundo período como Presidente se deriva sobre todo de la actualización mucho mayor en su política hacia Cuba, –anunciada el 17 de diciembre del 2014– y sus implicaciones para las relaciones de Estados Unidos con América Latina y el Caribe. En relación con Cuba, se acordó como un primer paso –después de las conversaciones oficiales secretas con el gobierno cubano al más alto nivel por 18 meses–, el restablecimiento de las relaciones diplomáticas entre los dos países. Esa decisión tiene una significación que trasciende las relaciones con Cuba y adquiere un valor estratégico para las relaciones con toda la región. Aunque de manera inmediata no se elimina el bloqueo económico y financiero, ni se solucionan otros temas problemáticos de la agenda bilateral, se reconoce por el Presidente que las políticas precedentes hacia la isla fueron fallidas, en tanto no consiguieron servir los intereses definidos por los gobiernos de Estados Unidos, causaron incluso daños colaterales y debían actualizarse.

Mediante sus prerrogativas ejecutivas como Presidente, se realizaron una serie de modificaciones regulatorias encaminadas en lo fundamental a maximizar el impacto de los instrumentos de poder blando sobre la realidad cubana. El presidente Obama incluso propuso al Congreso avanzar en la eliminación del llamado embargo, en realidad bloqueo por su carácter extraterritorial. Una pregunta pertinente sería por qué en este preciso momento se introducen esos ajustes en la política hacia Cuba con el objetivo declarado de mejorar las relaciones interamericanas.

Una decisión contradictoria respecto a ese propósito fue declarar a la República Bolivariana de Venezuela como una amenaza a la seguridad de Estados Unidos. Dicha acción generó tensiones adicionales en el contexto de la Cumbre de las Américas en Panamá y en definitiva resultó otro fracaso, porque no debilitó ni fraccionó al gobierno de Maduro ni en el plano interno, ni en el contexto latinoamericano, sino

que generó apoyo dentro y fuera del país, incluyendo la solidaridad y respaldo del pueblo y gobierno cubano.

Más allá de la anterior coyuntura, debe reconocerse que la política de Estados Unidos hacia Cuba ha sido un elemento de significación para el diseño de la política hacia la región desde mucho antes, unas veces de manera explícita, otras de modo implícito. La formulación de la Alianza para el Progreso, lanzada por el asesinado Presidente John F. Kennedy, dejaba en claro explícitamente, que estaba destinada a impulsar reformas limitadas para evitar el avance de otras revoluciones. Los planes y programas de asistencia a la contrainsurgencia lo complementaron. Asimismo, la contrarrevolución conservadora encabezada en la década de 1980 por el Presidente Ronald Reagan, impulsó la Iniciativa para la Cuenca del Caribe (ICC) y programas de asistencia a Centroamérica para revertir el auge de los movimientos guerrilleros revolucionarios. Como parte de esta política se realizaba el apoyo a la contrarrevolución en Nicaragua para derrocar al gobierno sandinista. La administración norteamericana culpabilizaba a Cuba por el avance de estos procesos revolucionarios, e incluso el Secretario de Estado Alexander Haig proponía ir a la supuesta fuente de los conflictos y amenazaba con una demoledora intervención militar contra Cuba¹⁸. Es en 1982 que se incluye al gobierno cubano injustificadamente en la lista de países patrocinadores del terrorismo en el marco del conflicto centroamericano.

Desde la perspectiva latinoamericana, en la medida que la Revolución cubana ha tenido éxitos y se ha consolidado, los gobiernos de la región han encontrado un entorno más favorable para ganar autonomía frente a Estados Unidos, rompiendo paulatinamente el aislamiento diplomático y el bloqueo económico a Cuba, y reclamando al gobierno de Estados Unidos una modificación de su política. El restablecimiento de relaciones con Cuba, conociendo la posición de Estados Unidos, otorgaba a los gobiernos de la región cierto aval de independencia y era bien acogido por sus pueblos, que veían con simpatía esas decisiones.

Los ajustes apreciados en la política exterior de Estados Unidos para la región durante los dos últimos años de la Administración Obama, y en especial en relación con Cuba, se deben tanto a factores internos como externos, pero en este caso el contexto regional y global han tenido un creciente valor explicativo en las modificaciones observadas en ese eje de relaciones. Desde esta perspectiva deben ser tenidos en cuenta las variables internas y externas explicativas en la formación de la política exterior norteamericana hacia los países de la región en su interrelación dialéctica.

La política norteamericana de Estados Unidos subraya el papel de la Revolución Cubana para la región y el conjunto de las relaciones interamericanas, en un momento de transición en el orden mundial y en las relaciones internacionales, caracterizado por el ascenso de la globalización y transnacionalización de esas relaciones junto a modificaciones en la correlación global de fuerzas, que afectan la asimetría de poder regional frente a la preeminencia de Estados Unidos¹⁹.

Los cambios en la política norteamericana de inicios de siglo XXI, la guerra anti terrorista y las intervenciones militares en Afganistán e Irak, la nueva estrategia de seguridad nacional después de los ataques del 11 de septiembre de 2001 al territorio de Estados Unidos, marcan una nueva etapa con repercusiones indirectas para la región. El enorme déficit fiscal y la astronómica deuda establecerían obstáculos y limitaciones al imperialismo norteamericano. Para algunos analistas se observó un “abandono de la región”, por la atención que requerían otras áreas geográficas y los asuntos críticos de su política exterior que se ubicaban en el Medio Oriente, Europa, Rusia junto al ascenso impetuoso de China en Asia. La administración Obama subraya la idea del *pivot to Asia*, como centro principal de atención y prioridad de su estrategia y proyección de política exterior²⁰.

La prioridad en la política norteamericana por Asia-Pacífico se debe a las previsiones y expectativas sobre un mundo post occidental centrado en esa región y en particular liderado por China. Ello no significa que la importancia estratégica de los países de América Latina y el Caribe para el vecino del Norte haya desaparecido: la proximidad geográfica, la geopolítica y la geoeconómica siguen vigentes. Estados Unidos se mantiene como el mayor mercado e inversionista extranjero en la región –aunque el mapa por países ofrezca un cuadro heterogéneo. La naturaleza imperialista del sistema económico norteamericano hace que sus proyecciones e intereses regionales perduren, aunque con manifestaciones de declinación y distinta estructura en las relaciones por países obligan a modificaciones y ajustes en las políticas específicas, que serán perdurables, hasta tanto Estados Unidos siga siendo la principal potencia global y sobre todo regional.

Esa significación estratégica no es estática en el tiempo y se expresa en situaciones diversas por países, subregiones, alianzas y procesos de integración diferenciada y no como un todo homogéneo en cada momento. *“Las formas, medios e instrumentos se adaptan a las nuevas circunstancias, no los objetivos imperialistas de dominación y explotación. Incluso los medios militares pueden retener y ganar significación, como son las bases militares, la militarización encubierta a través de programas anti terroristas y contra el narcotráfico, pero ello*

*depende de las luchas contra-hegemónicas de los pueblos y los gobiernos que se oponen a la dominación*²¹. La proyección norteamericana no ocurre en un vacío, sino que depende del cambiante contexto regional y las tendencias globales prevalecientes en cada momento histórico.

El análisis de la política exterior de Estados Unidos hacia la región debe considerar la ascendente significación dentro de su estrategia de los procesos mega-regionales, como la Alianza Transpacífica (TPP), que incluye a Canadá, México, Chile y Perú y la Alianza Transatlántica (TTIP), esta última con la Unión Europea. El TPP incorpora partes de la región, –lo que es un dato fundamental para entender las prioridades de la estrategia estadounidense en América Latina– y las políticas específicas aplicadas para cada caso, países, subregiones y temas²².

La clase dominante norteamericana, formuladora de las políticas, no puede obviar las modificaciones encontradas en el escenario de destino de las mismas, que obviamente es distinto al encontrado en el siglo XIX y en el XX. Los países latinoamericanos, como ya se señaló, si bien tienen elementos comunes, también tienen diferencias debido a la cercanía geográfica a EE.UU., a la dimensión económica, a la distribución geográfica y ramal del comercio e inversiones, a la composición de las poblaciones, a las migraciones, a factores culturales e históricos.

Desde la perspectiva de los intereses y el tipo de relaciones que sostienen con Estados Unidos, existen variaciones en sus niveles de dependencia económica, programas de ayuda específicos, alianzas, cooperación para la seguridad y otros temas relevantes. El imperialismo norteamericano busca explotar esas diferencias, tratando de sacar provecho de la segmentación intrarregional y las distinciones y asimetrías específicas.

En este marco, el énfasis dentro de la estrategia general de Estados Unidos en el Hemisferio Occidental se ha venido colocando en los países con costas al Pacífico: en primerísimo lugar México incorporado al Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN) junto a Canadá desde 1994, con quien sostiene la mayor parte de todas sus relaciones económicas en toda la región, comparte una extensa frontera, tiene en su territorio una masa enorme de población de origen mexicano, con una agenda que abarca muchos otros asuntos de gran importancia –desde el petróleo hasta el agua en la franja divisoria entre los dos países. Luego vienen los países de la región que negocian la Alianza Transpacífica (TPP, por su sigla en inglés), entre los que se encuentran el propio México, Perú y Chile. A ello habría que agregar el resto de los países que poseen acuerdos de libre comercio con Estados Unidos y sobre todo los asociados a la Alianza

del Pacífico (Chile, Colombia, México y Perú), de la cual EE.UU. no es miembro, pero participa como observador. En la actualidad, Estados Unidos posee tratados de libre comercio en los que participan 11 países de la región: México, Chile, Colombia, Costa Rica, República Dominicana, El Salvador, Guatemala, Honduras, Nicaragua, Panamá y Perú.

El Caribe insular por su proximidad y el peso de las inversiones financieras dentro del Hemisferio Occidental tiene significación estratégica concretada en programas de asistencia como la Iniciativa para la Seguridad de la Cuenca del Caribe (*Caribbean Basin Security Initiative* - CBSI).

Por su significación regional, la política del gobierno de Estados Unidos tiene definiciones específicas para Venezuela, Ecuador y Bolivia, países con gobiernos cuyas orientaciones políticas son más radicales y que se identifican como principales desafíos, con prioridad por Venezuela por su activa proyección regional y porque se considera el país clave en la contraofensiva imperialista para revertir el proceso revolucionario, anti-hegemónico. Asimismo requiere un tratamiento particular para el Mercosur y sobre todo Brasil y Argentina, países grandes, que tienen mayor trascendencia regional y global, tanto política como económicamente y no han aceptado incorporarse a los acuerdos de libre comercio con Estados Unidos.

Ese escalonamiento y diferencias en los enfoques de la política norteamericana hacia la región se explican porque desde finales de la década de 1990 se han producido cambios importantes. Este proceso ha sido llamado por algunos la "ola rosada", o el ascenso de gobiernos de izquierda y centro izquierda con distinta radicalidad²³. La región ya no es la misma, dado que la agudización de las contradicciones derivadas de la aplicación de medidas neoliberales empeoró las dificultades socioeconómicas propias del capitalismo y generó la emergencia de gobiernos de distinto matiz, pero en general anti neoliberales, con rasgos nacionalistas, que buscan contrarrestar la hegemonía de Estados Unidos, o al menos sus efectos más perniciosos, desarrollar programas de apoyo a los sectores populares y reducir la pobreza. Estos cambios socioeconómicos y políticos conllevaron a la modificación de la correlación de fuerzas a escala regional, e hicieron a la región de conjunto un poco más libre.

No debe sorprender entonces que ello haya sido reconocido por informes al Congreso de su servicio de investigación en los que se afirma que "*América Latina se ha vuelto crecientemente independiente*"²⁴ debido a la diversificación de sus vínculos económicos y políticos y al establecimiento de organismos destinados a la integración regional.

También se han producido reajustes importantes en el contexto internacional, que influyen en las políticas y relaciones interamericanas en estas últimas décadas: la propia tendencia a la globalización, la transnacionalización, el ascenso de nuevos agentes de las relaciones internacionales, corporaciones, agrupaciones e individuos poderosos, entre los que se incluyen las redes y bandas criminales, complican enormemente el proceso de formación de política. Desarrollos en las comunicaciones como el avance de Internet y en el transporte han otorgado rasgos nuevos a las relaciones internacionales en las cuales se manifiestan las relaciones entre Estados Unidos y los países de América Latina y el Caribe.

El aumento de la significación de los flujos migratorios y en particular de la circularidad y trans-nacionalidad de los mismos, el poder de organizaciones traficantes de personas, armas y drogas, tiene también rasgos transnacionales y a la vez constituyen retos tanto para los Estados como para los países de la región más afectados por estas problemáticas. El problema del tráfico de droga desde Sudamérica hacia Estados Unidos se concentra en el corredor Centroamérica-México, por donde se estima transita el 90% de los estupefacientes de la región que se dirigen al Norte del continente.

La complejidad e interpenetración de factores internos y externos en la formación de la política exterior de Estados Unidos hacia los países de la región ha llevado a definir el término *interméstico*, aplicado por Abraham Lowenthal para la región, para designar aquellos temas que combinan aspectos internos y externos en la formación de la política exterior²⁵.

No obstante, en la nueva etapa, en que parecería consolidarse la importancia de los factores internos como fuente principal de la política exterior, los de carácter internacional y los cambios en la correlación de fuerzas han venido ganando relevancia. Los factores internacionales parecen constituirse en una variable de jerarquía en la formación de la política exterior de Estados Unidos durante la presidencia de Barack Obama, fenómeno manifestado con particular vigor en los últimos dos años de su segundo período presidencial. Todo ello en un contexto político, económico y social al interior de ese país donde se reflejan divisiones y crecientes contradicciones. En el plano de las relaciones internacionales se observan signos de declinación hegemónica, pero es preciso recordar que todavía es la principal potencia global y sin duda el centro económico financiero, político, ideológico y cultural del sistema imperialista a escala global y regional, para no hacerse falsas expectativas.

Para los países de América Latina, de conjunto, reconociendo sus diferencias y particularidades, debe subrayarse que Estados Unidos

conserva de manera general una enorme asimetría de poder con la región, expresada en las relaciones económicas, monetarias y financieras. Así, a pesar del ascenso de la participación de otras potencias, como China, y la diversificación de las relaciones en algunos casos, la política monetaria norteamericana sigue teniendo un gran impacto, no solamente por ser el principal inversionista extranjero y mercado para bienes y servicios, constituir el dólar norteamericano la mayor parte de las reservas monetarias y por su influencia en las tasas de cambio cuando existen, sino también porque coexisten incluso economías total o parcialmente dolarizadas.

Los ajustes observados en el discurso y la práctica política del gobierno de Estados Unidos para la región confirman la continuidad de la política señalada por Schoultz, basada en la asimetría, la defensa de sus intereses económicos, de política interna y sus definiciones de seguridad nacional, pero adaptados a las nuevas circunstancias: ajustado a cada caso en correspondencia con la mayor independencia de la región.

Barack Obama no es el único ni el primer Presidente norteamericano que anuncia ser portador de una nueva política para América Latina, aunque también es cierto que debe distinguirse cuidadosamente la retórica de la práctica. El año 2008 fue marcado por la agudización de la crisis económica y en cuanto a las elecciones estadounidenses el mensaje principal era el cambio. Ciertamente ha existido más continuidad que cambio en la política latinoamericana de Estados Unidos hacia América Latina, si bien la misma fue presentada de un modo más moderado e inteligente en el discurso y se introdujeron algunas novedades sin modificar su esencia. Los anunciados cambios respecto a Cuba resultaron limitados a su promesa de campaña electoral de permitir los viajes de los cubanos residentes en Estados Unidos a su país de origen y facilitar el envío de remesas, debido a que estos serían los mejores embajadores para impulsar los cambios deseados.

Durante 2009 Obama fijó su prioridad en la política interna y sobre todo en conseguir una reforma en el sistema de salud. Las contradicciones económicas, sociales y políticas por las que ha atravesado Estados Unidos después de la gran crisis económica y financiera del 2007-2008, fueron agudizando los desafíos propios de la única súper potencia de nuestra época y consumiendo una enorme cuota del capital político del nuevo presidente. Las complejas condiciones presentadas en esa sociedad habían quebrado el consenso de política interna dentro de los sectores de la clase dominante, agudizando la situación, hasta llegar a la parálisis del gobierno a raíz de las discrepancias en cuanto a los modos de reducir el déficit fiscal.

Sin duda, la última gran crisis repercutiría de manera notable sobre la política exterior de Estados Unidos y su proyección hacia América Latina y el Caribe. La región latinoamericana y caribeña no solamente fue impactada, al ver reducir la demanda de sus productos en el mercado norteamericano, sino que se apreció la importancia de avanzar esfuerzos propios para fortalecer sus relaciones con otros países y agrupaciones, sobre todo con los más dinámicos, como el caso de China, o de enorme tamaño y participación como la Unión Europea.

Desde el punto de vista de la política interna norteamericana la crisis global agudizó de modo notable las contradicciones socio-económicas expresadas en las protestas “Ocupa Wall Street”, que si bien no se profundizaron ni alcanzaron mayor radicalidad, evidenciaron el alcance inédito en su repercusión social. Estas manifestaciones públicas pusieron en evidencia un fenómeno hasta ese momento oculto: el creciente abismo en la distribución de los ingresos y la riqueza en la sociedad estadounidense, entre los que acaparaban el grueso de la riqueza y las grandes mayorías. Aquello que parecía un fenómeno de países subdesarrollados se observaba también en Estados Unidos. La posición de las capas medias se deterioraba y se ensanchaba la brecha entre ricos y pobres. El costo político de la crisis económica y su secuela se extendió considerablemente debido a la muy lenta y desequilibrada recuperación.

Algunos analistas se refirieron al fin del llamado sueño americano, en el sentido de que los hogares de las capas medias no lograban un aumento en su bienestar respecto a las generaciones precedentes. Asimismo se ponía de manifiesto una dualidad económica, los sectores de la oligarquía financiera, de las grandes corporaciones transnacionales que se beneficiaron de una rápida recuperación de sus fortunas en las bolsas, y en cambio los trabajadores en general sufrían de un reducido incremento de sus ingresos, y de un alto desempleo. Se estaba profundizando gradualmente la división entre la economía real y la financiera especulativa.

En tal sentido la economía estaba fragmentada y obviamente, a pesar de una recuperación técnica desde 2009, que en el 2015 cumplió seis años, las percepciones sobre su comportamiento no han sido suficientemente buenas como para garantizar un respaldo político al gobierno en este ámbito. Los problemas económicos y su repercusión en la política interna han acaparado parte de las preocupaciones del Presidente. Tanto George W. Bush como Obama aprobaron elevados montos de salvamento para el sector bancario y financiero, porque lo consideraban el centro de la economía, –en realidad el centro de los intereses de la clase dominante– y aunque estas medidas recibieran algunas críticas, más bien aisladas, eran

apoyadas por el segmento especulativo dominante de la oligarquía financiera. No se aprobaron fondos importantes para empleo, inversiones, educación, investigación, e infraestructura para activar la economía, sino al sector que había sido a todas luces el epicentro de la crisis financiera, asociado al estallido de esta en el sector de bienes raíces. El abultado financiamiento dirigido a este sector, la política monetaria expansiva y los gastos militares motivados por las guerras en Afganistán e Iraq, llevaron el déficit federal a niveles récord y por consiguiente se elevó la deuda pública hasta sobrepasar los límites políticamente establecidos.

El consenso entre economistas y políticos sobre la necesidad de controlar el déficit y reducirlo, y no elevar el límite de la deuda pública si no se llegaba a un acuerdo del Ejecutivo con el Congreso sobre cómo acotarlo, originó una crisis política de consecuencias negativas. Finalmente, luego de la paralización del gobierno federal por no disponer de fondos y de tensas negociaciones se alcanza un acuerdo en el Congreso materializado en la Ley de Control del Presupuesto del 2011. Estos problemas, transitoriamente resueltos, han ocupado gran parte del esfuerzo de la política y pueden volver a irrumpir en el espacio político en el evento de una nueva recesión, al no ser radicalmente solucionados.

La división al interior de la clase dominante en Estados Unidos ha sido de tal magnitud, que hicieron visibles las propias limitaciones del sistema político para enfrentar los retos socio-económicos del país. La creciente desigualdad entre un sector minoritario poseedor de enormes riquezas y el resto de la población, tiene un reflejo en el descontento político en tanto el sistema democrático responde de modo categórico a ese sector minoritario de la población constituido por la oligarquía financiera y sus allegados servidores. Los riesgos de estos desequilibrios dentro del país centro de la economía capitalista global y el funcionamiento de su sistema político, se deben en buena medida a que el segmento dominante de la oligarquía financiera, mediante el aporte del dinero de las corporaciones al Congreso, obstaculiza la aprobación de políticas en función de los intereses del país²⁶.

En tales circunstancias, la asistencia exterior debe tener en cuenta la escasez de recursos. La política de asistencia exterior de Estados Unidos para América Latina ha evidenciado una disminución en los últimos años –de 1.8 mil millones de dólares en el año fiscal 2011 a 1.3 en los mismos términos en el 2015–, debido a la crisis económica y financiera, el elevado déficit y los límites que establece la referida Ley de Control del Presupuesto del 2011²⁷. La misma se ha concentrado en países, temas y subregiones de mayor significación estratégica.

La reducción del desempleo, –con independencia de los deterioros en los niveles de ingresos para algunos sectores– pareciera aliviar un tanto las preocupaciones internas coyunturales en cuanto a este problema y las amenazas del inicio de otra recesión. El desempleo en marzo del 2015 se ubicaba, según cifras oficiales, en 5.5%, con una tendencia al descenso respecto a igual período del año anterior²⁸.

Asimismo, el aumento de la producción de petróleo y gas en el país, aunque sea al costo de efectos desastrosos sobre el medio ambiente, ha sido parte de la política encaminada a disminuir coyunturalmente la dependencia externa de la economía norteamericana de la importación de hidrocarburos. Junto a otros factores ya las manipulaciones en el mercado de combustibles, ello ha reducido internamente los precios de la gasolina, lo que permitiría, eventualmente, aumentar la demanda interna a favor del crecimiento de la economía.

Entre otro de los factores internos que inciden sobre la política exterior cabe mencionar el problema de los inmigrantes, un aspecto muy importante tanto para la política doméstica, como para las relaciones de Estados Unidos con los países de origen de esos flujos de personas. Estados Unidos ha sido siempre destino de flujos migratorios, pero desde hace años constituye uno de los temas candentes de la política y de las relaciones con algunos países de América Latina y el Caribe. El presidente Obama prometió realizar una reforma migratoria desde su llegada a la Casa Blanca, pero se encontró atrapado en otras prioridades y por la oposición a esa reforma dentro del Congreso.

Como una solución parcial y mediante sus prerrogativas como Presidente, Obama anunció a finales del 2014 su decisión de ofrecer estatus legal a millones de inmigrantes ilegales, padres de hijos que son ciudadanos norteamericanos. Las personas beneficiadas por esta orden, calculadas preliminarmente en 3.3 millones, podrían obtener residencia legal, o ciudadanía, lo que les permitiría tener documentos para trabajar y evitarían así la consiguiente deportación y separación familiar. La mayor parte de estos casos son de origen latinoamericano y sobre todo mexicanos²⁹. Actualmente se encuentran entre los principales países fuentes de la inmigración hacia Estados Unidos: México, El Salvador, Cuba, Guatemala y República Dominicana.

El tema de los inmigrantes y, en particular, los inmigrantes ilegales ha sido un asunto de gran sensibilidad política en Estados Unidos y clasifica en tal sentido como un problema de política interna, pero también constituye un asunto relevante para las relaciones con algunos países y puede llegar a considerarse una amenaza a la seguridad nacional, como ha sido el caso de flujos masivos

y descontrolados. Desde la perspectiva de la identidad nacional de Estados Unidos, el tema de los flujos de inmigrantes, los indocumentados y la formación por estos de diásporas, con todas sus implicaciones para las relaciones con sus países de origen, ha recibido la atención de estudios con gran impacto académico y político.

Al respecto Samuel Huntington se preguntaba desde el título de uno de sus libros más divulgados, *¿Quiénes somos?*³⁰. En la obra se debaten distintos aspectos de este problema, entre ellos el papel de estas agrupaciones étnicas de inmigrantes, su carácter transnacional en las actuales condiciones de las relaciones internacionales y cómo, debido al avance de las comunicaciones y el transporte, pueden las diásporas afectar no solamente la identidad en el país de destino, sino servir de puente con el país de origen. Por lo tanto, no hay duda de la sensibilidad de este asunto y la creciente importancia para las relaciones con países como México, que es la procedencia de la mayoría de los millones de hispanos en territorio de ese país.

El proceso de declinación relativa de la hegemonía norteamericana iniciado a finales de la década del sesenta y el deterioro relativo de su posición económica en el sistema mundial, se encuentran sin duda estrechamente ligados, aunque no de modo directo y mecánico. La perspectiva geoeconómica global de los sectores de la clase dominante de Estados Unidos sobre las tendencias en el balance de poder mundial para las próximas dos décadas reconoce el desplazamiento del centro de gravitación universal de Norteamérica y Europa –origen y desarrollo de la Civilización Occidental– hacia la región de Asia–Pacífico. A este proceso no le es ajena la actualización en la política estadounidense hacia América Latina y el Caribe, que toma en cuenta esta circunstancia y la postura de los países latinoamericanos y caribeños respecto a Estados Unidos, el libre comercio y la proyección hacia la región de Asia–Pacífico.

También se percibe como escenario más probable, que en el futuro no existirá una potencia hegemónica mundial, ni una confrontación bipolar como eje articulador principal del sistema de relaciones globales, sino un balance de poderes multilaterales en el que es altamente probable que Estados Unidos y China sean los dos actores internacionales más importantes, pero donde nuevos sujetos transnacionales, multinacionales, privados, redes propias, asociaciones y bloques de poder, constituyan los componentes determinantes del sistema mundial, con tendencia a un ordenamiento multipolar.

El ascenso de la visión geoeconómica y de las cadenas de suministro para la producción, servicio y valor mundial, que vienen creando redes y agrupamientos económicos-financieros, trascienden las

regiones tradicionales –Asia, África, América Latina, Europa– y se expresan como mega-regiones Transpacífico, Transatlántico y Medio Oriente-Norte de África. Las mega-regiones y la búsqueda de la llamada integración profunda de acuerdos o alianzas de libre comercio e inversión en esos amplios espacios, se espera sean componentes centrales en la reconfiguración geoeconómica de redes y de las relaciones internacionales, en función de los intereses estratégicos, políticos y de seguridad estadounidense.

Las alianzas de libre comercio e inversiones deben servir de base para el establecimiento de nuevos bloques o agrupamientos del capital financiero en el marco del nuevo orden internacional en proceso de formación y supuestamente servirían para compensar o balancear las carencias que muestra Estados Unidos ante el ascenso de otras fuerzas en el escenario mundial para ejercer, si no es posible la hegemonía, al menos el liderazgo, que es el término empleado en los documentos oficiales del gobierno norteamericano. Y tal como se postula en algunos informes prospectivos, *ser primus inter pares*.

En la actualidad es posible percibir cómo influyen los retos de la economía, como aspecto principal y de carácter objetivo, en el proceso de modificación gradual de la correlación internacional de fuerzas y las tendencias políticas emergentes al interior de su clase dominante. Los liderazgos dentro de esta fuerza política proponen nuevas visiones y enfoques estratégicos para lidiar lo más exitosamente posible con esos desafíos esperados para las próximas décadas y específicamente en el contexto regional y de las relaciones interamericanas.

El ascenso de China en el comercio y las inversiones en países de la región implica una transformación estructural a tener en cuenta tanto por la política de Estados Unidos como para los países de nuestra América. El último período de mayor crecimiento de las economías de América Latina fue determinado por el rápido crecimiento de la economía del gigante asiático, ejerciendo una fuerte demanda de productos básicos, que ahora se propone avanzar a un ritmo menor, con todas las implicaciones que ello tiene para la demanda y los precios con tendencia a la baja de productos básicos exportados por la región. Las relaciones económicas chinas con países de América Latina y el Caribe tienen creciente importancia, mucho mayor para los países de Sudamérica. Los datos ofrecidos a continuación demuestran la tendencia de los cambios en la participación de Estados Unidos y China.

La participación de Estados Unidos en las exportaciones sudamericanas se contrajo de 30% a 18% entre 2000 y 2011, y las importaciones sudamericanas de EE.UU. cayeron de 55% a 30%. China

se transformó en el primer mercado para las ventas de Brasil, Perú y Chile, en el segundo para Argentina, Paraguay y Uruguay, y desplaza cada día a la oferta estadounidense en las plazas sudamericanas³¹.

La Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL) en un informe publicado en 2011 sobre las relaciones comerciales de Estados Unidos con la región señalaba algunos elementos que se reproducen seguidamente y contribuyen a una caracterización de la significación de las mismas³².

- La presencia de Estados Unidos en el comercio de la región ha ido decreciendo. Su participación en las importaciones de la región cayó de un 51% en 2000 a un 33% en 2009, mientras que como destino de exportaciones procedentes de América Latina y el Caribe pasó de un 60% a un 39% en ese mismo período. Existe la percepción de que Estados Unidos carecen de una visión estratégica acerca de la región. En décadas anteriores, la Alianza para el Progreso, la Iniciativa para las Américas y, posteriormente, el proyecto del Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA) cumplían esa función y en la actualidad no existe una visión de ese tipo³³.
- Estados Unidos sigue siendo un socio comercial especialmente importante para México, Centroamérica y el Caribe. México representa el 63% de las importaciones de Estados Unidos de toda la región en 2010³⁴.
- En la última década, aproximadamente un tercio de todos los flujos de inversión extranjera directa en América Latina y el Caribe han procedido de Estados Unidos, que sigue siendo el mayor inversionista extranjero individual en la región³⁵.
- Las inversiones directas de Estados Unidos en América Latina representan un 7.7% en el 2009, si se incluyen otras islas del Caribe en el Hemisferio Occidental, se estas inversiones alcanzarían el 19% en ese mismo año. Las inversiones directas de Estados Unidos son más de la mitad del total para México, Costa Rica y Trinidad y Tobago³⁶.
- Los factores regionales no han constituido un componente menor en reducir la capacidad de influencia de la política de Estados Unidos sobre la región. No se trata solamente de los países identificados como principales retos de la política norteamericana, como ha sido la República Bolivariana de Venezuela, Bolivia, Ecuador, Argentina y Brasil, sino que procesos precedentes de agrupamientos, alianzas y coordinaciones de políticas para distintos asuntos, sin incluir a Estados Unidos reducen la influencia norteamericana.

Estos fenómenos constituyen evidencias cada vez más consolidadas de un ascenso de la autonomía regional respecto a Estados Unidos no solamente expresada respecto a Cuba. En el campo económico esta tendencia se refleja en la integración y asociación regional y subregional, así como en las inversiones de empresas de la región dentro de las economías latinoamericana, como la creciente presencia de las denominadas empresas multi-latinas.

Países que pueden contarse como principales aliados, tanto por la calidad y cantidad de las relaciones económicas y políticas con Estados Unidos, como por la asistencia a la seguridad recibida, como es el caso de Colombia, manifiestan posiciones que se articulan con una postura regional concertada de apoyo al gobierno cubano. Ello se ha observado más recientemente en las Cumbres de las Américas desde 2009 hasta el 2015 –con la primera participación en esta última del gobierno cubano–, y también en Mercosur, UNASUR, CARICOM y sobre todo en el marco de la Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños (CELAC), de la cual Cuba fue sede de su reunión cumbre en el 2014.

Como antecedentes de ese proceso puede señalarse la búsqueda por parte de los países de la región de una solución negociada a la crisis en Centroamérica. El Grupo de Contadora (1982) y luego el Grupo de Apoyo a Contadora (1985) sirvieron de base para la formación del Mecanismo Permanente de Concertación y Consultas, identificado como Grupo de Río. La OEA a pesar de todos los esfuerzos realizados por los Estados Unidos evidencia signos de convertirse en una organización disfuncional, en especial cuando se trata de enfrentar los retos de la región. La existencia de crecientes diferencias en cuanto a las posiciones políticas dentro de la región hacen cada vez más difícil el ejercicio no tan sólo de la hegemonía norteamericana, sino de su liderazgo. Desde la formación del Grupo de Contadora a raíz de la crisis en Centroamérica, el Grupo de Apoyo y el Grupo de Río, se han venido expresando coordinaciones políticas regionales para solucionar los problemas al margen de la OEA. Otras organizaciones como UNASUR e incluso la CELAC han ganado la iniciativa.

Los cambios en la correlación internacional de fuerzas por el ascenso de países considerados potencias emergentes, junto a la declinación hegemónica relativa de Estados Unidos, expresada sobre todo en la esfera de la economía y a raíz de la última crisis económica y financiera (2008–2009), influyen en el escenario internacional en que la política estadounidense debe actuar y en la política hacia los países de América Latina y el Caribe, según las percepciones de su clase dominante sobre desafíos y oportunidades en cada caso.

Del mismo modo, los retos que pudieran considerarse extra regionales impactan las economías de la región. La crisis económico-financiera dentro de la Unión Europea, el ascenso de la presencia sobre todo de China, pero también India, Sudáfrica, sumados a Rusia, e incluso Irán en el Medio Oriente, impulsan un nuevo regionalismo en América Latina y el Caribe mucho más distante de Estados Unidos y Canadá, como claros signos de los nuevos tiempos, debilitan la hegemonía estadounidense y retan su sistema de dominación en distintos grados.

No puede hablarse del surgimiento de un nuevo orden, o del fin de la hegemonía estadounidense, sino más bien de una larga etapa de transición, que al menos en el cuadro de la región objeto de atención en este trabajo se aprecia con mayor nitidez desde comienzos del siglo XXI. A pesar de evidencias de la declinación relativa de Estados Unidos en la política mundial en el corto y hasta mediano plazo, todavía mantiene enormes recursos y capacidades militares, económicas, político –diplomáticas e ideológico– culturales y propagandísticas. La realidad actual, mucho más compleja y desafiante, demuestra sus límites, manifestados tanto en el sistema interamericano y en las políticas norteamericanas hacia la región, como en los crecientes vínculos regionales y subregionales con la Unión Europea, China y otros países.

Ello parece inducir al gobierno de Estados Unidos a un tipo de orientación política, que sin ser aislacionista y excluyente en el sentido tradicional, tiende a reducir su involucramiento internacional directo y unilateral a los casos críticos, o los desafíos considerados clave para su seguridad nacional e intereses económicos vitales. Para cumplir sus objetivos estratégicos busca nuevas coaliciones, alianzas e instrumentos con amplio uso de los elementos locales y que se articula caso por caso bajo algunos lineamientos generales. En esta región, aunque se han observado esfuerzos por reactivar el sistema interamericano, la Cumbre de las Américas celebrada en Panamá el mes de abril del 2015 constituye una evidencia palpable de su fragmentación y su limitada funcionalidad. Los principios que pretenden imponer los funcionarios de la OEA, que gravitan sobre esta organización, enfrentan la falta de acuerdo de los países participantes, fenómeno agudizado por la incorporación de discursos y políticas discrepantes sobre definiciones importantes del funcionamiento de los sistemas políticos, económicos y sociales en la región, los propósitos a lograr y los modos de enfrentar sus principales desafíos³⁷.

Por razones objetivas parece consolidarse en la visión estratégica sobre la política exterior estadounidense, que no es aconsejable seguir involucrando a sus fuerzas militares en intervenciones

convencionales ante cualquier conflicto internacional, sino que se debe discriminar y actuar de modo más cauteloso solamente cuando estén en juego sus intereses vitales. Aunque no se pueda descartar, la intervención directa de Estados Unidos en la región, esta no aparece como el primer expediente, sino el empleo de aliados locales y organizaciones regionales que representen sus intereses. Ello se expresa muy claro en las injerencias indirectas, sobre todo en el caso de Venezuela, donde los elementos locales ponen en práctica planes desestabilizadores y subversivos para derrocar el gobierno elegido democráticamente. Es decir, la prioridad por hacer retroceder al gobierno bolivariano se apoya más en las fuerzas locales y regionales, las alianzas y los esfuerzos multilaterales para avanzar sus intereses y reservarse para intervenir directamente cuando existen condiciones favorables para una intervención.

El ascenso en la región de gobiernos de izquierda y centro izquierda, junto a su reflejo en posiciones políticas más amplias en la región, constituye uno de los factores que han incidido en el ajuste de la política de Obama hacia Cuba. Puede reconocerse una transformación notable de las relaciones hemisféricas de Cuba respecto a las existentes en la década del sesenta, cuando no solamente se rompieron las relaciones de La Habana con los Estados Unidos, sino con casi todos los países, con las excepciones notables de México y Canadá. En esa primera etapa, la política de los Estados Unidos logró un acompañamiento regional y el consiguiente aislamiento de Cuba. Ello ha ido cambiando a favor del país caribeño y después de la década del noventa (a pesar de la desaparición de la Unión Soviética y el campo socialista europeo) se ha registrado un proceso de fortalecimiento de las posiciones cubanas en la región y el mundo.

La política cubana de principios y su solidaridad y colaboración con todos los países en situaciones de desastres o crisis, independientemente de las posturas políticas e ideológicas de cada uno, ha elevado el prestigio y respeto por el gobierno cubano y su pueblo. El resultado ha ido reflejándose cada vez en el apoyo a Cuba y el rechazo a la política de bloqueo económico y aislamiento diplomático de los Estados Unidos contra la isla, hasta llegar a una encrucijada en que tal política de hostilidad ha quedado sola y ha dificultado la proyección regional estadounidense hacia América Latina y el Caribe.

Al celebrarse la primera Cumbre de las Américas en Miami, en el año 1994, existían condiciones favorables para el avance de una política neoliberal de integración hemisférica (con la excepción de Cuba) y el establecimiento del Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA). La incorporación de México al TLCAN constituía el «modelo»

para la integración con los Estados Unidos, que supuestamente se extendería a toda la región mediante el ALCA. El denominador común era la presencia de regímenes democráticos de tipo liberal burgués, que habían sustituido a las numerosas dictaduras de seguridad nacional. En Centroamérica se había negociado la paz y los movimientos guerrilleros se incorporaban a la lucha política en esas condiciones, sin cambios fundamentales en las estructuras de la propiedad, ni el de la composición de clases de esas sociedades. Durante el período comprendido entre 1994 y 2005, avanzan las negociaciones del ALCA y a la vez acuerdos de libre comercio entre los Estados Unidos y países de la región.

Sin embargo, cuando todo parecía ir en una dirección favorable a la consolidación de la hegemonía de Estados Unidos en la región y su sistema de dominación hemisférico, los efectos de las políticas neoliberales, introducidas tanto por dictaduras militares como por los mecanismos de renegociación de la deuda externa, comenzaron a golpear sobre las condiciones socioeconómicas de los más pobres, e incluso afectaron todo el tejido social hasta las capas medias. Surgen opciones al margen de los partidos tradicionales y se crea y fortalece el papel de movimientos sociales de nuevo tipo, cuyo denominador común ha sido el rechazo al neoliberalismo y la búsqueda de alternativas.

A la nueva tendencia sociopolítica iniciada con la victoria electoral de Hugo Chávez en Venezuela en 1998 se irían sumando otros liderazgos en otros países, con lo cual se modificaba la unanimidad de criterios sobre pautas que habían sido promovidas por las Administraciones norteamericanas, los expertos del Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial, cristalizadas en el llamado Consenso de Washington y apoyadas por partidos, coaliciones o alianzas de la oligarquía transnacional en la región.

En el año 2005, en el escenario de la IV Cumbre de las Américas realizada en Mar del Plata, Argentina, una concertación de países de mucho peso e importancia en la región encabezada por Venezuela, a la que se sumó el MERCOSUR, conformado por Brasil, Argentina, Uruguay y Paraguay, rechazó el ALCA como proceso de integración regional.

Se inicia así una reversión parcial de esta tendencia. Fuerzas contra hegemónicas, críticas del neoliberalismo, desarrollaban proyectos alternativos a las políticas impulsadas por los Estados Unidos y logran algunos resultados. Aunque no muere el neoliberalismo, ni se extinguen los tratados de libre comercio y el enfoque del regionalismo abierto, esta política de institucionalización del neoliberalismo y de una nueva articulación del sistema interamericano liderado por

los Estados Unidos, deja de ser un organismo hemisférico. Surgen propuestas como la Alternativa Bolivariana para las Américas (ALBA), más tarde denominada Alianza Bolivariana para las Américas, de la que Cuba es fundadora. Perspectivas para esquemas subregionales existentes, como MERCOSUR, reorientan y redefinen parcialmente el contenido de los procesos de integración, y con otro espíritu regional se establece UNASUR, cuya importancia trasciende la economía y alcanza la concertación política.

Como colofón de ese proceso se crea la Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños (CELAC), en la cual Cuba es reconocida y tiene un papel relevante desde su fundación. La CELAC incluye a toda la región, pero significativamente excluye a Canadá y Estados Unidos.

La integración de Cuba a la CELAC y, sobre todo, su designación a la Presidencia *pro t mpore* de este organismo, le reconoce una función importante en la concertación regional y los acuerdos a los que se arriba durante la celebración de la II Cumbre de esa institución en La Habana el 28 y 29 de enero de 2014. Ello no fue un hecho fortuito ni mucho menos una d dava a Cuba. Otorgaba un justo reconocimiento a su política exterior y en particular a su colaboración regional, así como a la importancia conferida en ese contexto a su contribución a las mejores relaciones hemisféricas. Estas circunstancias consolidaron el unánime rechazo a la política de Estados Unidos de sanciones y aislamiento a isla.

En la VI Cumbre de las Américas en Cartagena, Colombia, en el 2012, se había puesto de manifiesto la problemática de no invitar a Cuba, cuando todos los países de América Latina y el Caribe votaron por su presencia en la próxima reunión Cumbre en 2015, lo que establecía una fecha límite para producir un cambio en la política de Estados Unidos hacia Cuba. Se pondría en juego el éxito de la Cumbre dado que el gobierno de Panamá como organizador de esa reunión invit  al Presidente cubano y se consideraba que éste asistiría. En realidad el tropiezo en la VI Cumbre de las Américas para la política norteamericana estuvo asociado, entre otros factores, al surgimiento de la CELAC en febrero del 2010 y al fracaso de la OEA en solucionar la situación provocada por el golpe de Estado en Honduras contra el presidente Manuel Zelaya en junio del 2009.

La Administración Obama, después de las elecciones de medio término en su país en 2014, debía avanzar en la agenda de sus relaciones con Cuba antes de la Cumbre de las Américas de 2015. Al presidente estadounidense le era muy difícil llegar al evento en Panamá sin presentar algunos resultados favorables al mejoramiento de las relaciones con Cuba y a la vez pretender desviar la atención hacia

supuestos problemas internos de Cuba respecto a la democracia y los derechos humanos. Las relaciones con Cuba se habían convertido en un caso prueba de los cambios en la política de los Estados Unidos anunciados no solamente para Cuba, sino para toda la región. La propia Cumbre de las Américas podría ser boicoteada. Obama no debía asistir con una discordancia de tal magnitud, ni mucho menos no participar, cuando ya había sido invitado el Presidente cubano Raúl Castro. El inicio de las negociaciones oficiales al más alto nivel entre Estados Unidos y Cuba parece haber sido catalizado por ese delicado contexto regional.

La efectividad de la política estadounidense hacia Cuba estaba atascada en los obstáculos de las leyes anticubanas (Torricelli, 1992, y Helms Burton, 1996), la oposición de la derecha fundamentalmente concentrada en el Partido Republicano en el Congreso y el problema con la detención y encarcelamiento del llamado contratista de la USAID, Alan Gross. El asunto más importante que se intentaba solucionar, en medio de una «ventana de oportunidad» (entre noviembre de 2014 y abril de 2015) para hacer política independiente por la Presidencia de Estados Unidos, era salvar la Cumbre de las Américas, espacio donde ya se había estado expresando el apoyo de la región a la presencia cubana y el rechazo unánime a la política de bloqueo y aislamiento hacia Cuba.

La popularidad del presidente norteamericano se había visto muy afectada en la última etapa de su gobierno. Había enfrentado numerosos desafíos en casi todas las esferas, internas y externas, muy difíciles de abordar exitosamente. El caso cubano era, probablemente, su mejor opción de hacer algo significativo y favorable que pudiera tributar a su legado antes de terminar el último período presidencial y anotarse un éxito en política exterior, que contribuyese a una posible permanencia demócrata en la Casa Blanca como resultado de las elecciones de 2016.

El diálogo y el restablecimiento de relaciones entre los dos países beneficia las relaciones de Estados Unidos con América Latina en un contexto en que la posición de Cuba estaba muy fortalecida por su presencia y liderazgo en la CELAC y sobre todo por los acuerdos tomados por todos los países de América Latina en la Cumbre de esta organización celebrada en La Habana a inicios de 2014. La II Cumbre de la CELAC declaraba a la región como zona de paz y reconocía la no intervención en los asuntos internos de los países como uno de sus principios. Se aceptaba la unidad regional en la diversidad de sistemas económicos y políticos, con los países del ALBA se establecía una fuerte alianza y el Caribe confirmaba su respaldo a Cuba y reiteraba su rechazo unánime al bloqueo. El renovado respaldo cada año a la resolución contra el bloqueo en la

Asamblea General de Naciones Unidas se mantenía como telón de fondo. En la práctica, el argumento de la cláusula democrática para excluir a Cuba de esas cumbres dentro del andamiaje institucional de la Organización de Estados Americanos (OEA) dejaba aislado a Estados Unidos y Canadá.

Quizás la síntesis analítica más gráfica del laberíntico recorrido por el que marchan los pasos de la Revolución Cubana y del imperialismo en el contexto de la dinámica que tiene lugar en América Latina la aporta Serbin al señalar que “Estados Unidos comienza a reconstruir una imagen positiva frente a los países latinoamericanos y del Caribe, luego de un largo período de distanciamiento y de letargo geopolítico, y abre las puertas para introducir algunos de sus temas prioritarios en la agenda hemisférica, incluyendo la consolidación de la democracia y de los derechos humanos, y para recuperar su presencia a nivel hemisférico al abrirse a un diálogo más amplio con Cuba, mientras que el gobierno de Raúl Castro afianza su proceso de plena reinserción en la comunidad latinoamericana y caribeña iniciado en la década del ‘90 con la incorporación a la ALADI (Asociación Latinoamericana de Integración) y que culmina con su presidencia de la CELAC, y amplía el espectro de sus alianzas internacionales en la dificultosa etapa por la que deberán atravesar las reformas económicas que se impulsan en el marco del proceso de actualización”³⁸.

En resumen, como trasfondo, por un lado, la política de Estados Unidos hacia Cuba ha tomado en consideración, como se ha argumentado antes, la actual coyuntura de la realidad cubana –definida por: a) el denominado proceso de actualización del modelo económico, que lleva consigo transformaciones en la estructura social, al profundizar diferenciaciones en propiedades, ingresos y niveles de vida, crear nuevas expectativas e intereses, y ampliar espacios de participación popular, así como por la rearticulación del consenso ideológico en torno a la unidad nacional y las alternativas del futuro, junto a la proximidad del relevo generacional en el liderazgo político al máximo nivel; b) el contexto doméstico o de la propia sociedad estadounidense; y c) las tendencias en curso en América Latina y los efectos del reacomodo geopolítico y geoeconómico global en el hemisferio.

Por otro, la relación de Estados Unidos con Cuba es una pieza funcional, necesaria, en su política latinoamericana, en un contexto de reestructuración hemisférica, de crisis del proyecto de dominación vigente, al que le resulta funcional la reinserción plena de la Isla al sistema interamericano.

La interrogante planteada por Lisandro Otero veinte años atrás, expuesta en las páginas iniciales de este trabajo, halla pleno sentido

y vigencia en tal entorno. La “normalización” o la nueva convivencia con Cuba será un indicador de la nueva era de relaciones de Estados Unidos con América Latina.

Notas

1. Por ejemplo, la revista Temas presentó en Feria Internacional del Libro de La Habana, en febrero de 2015, con el título de Play Ball, una versión actualizada, en formato digital, del libro Debating U.S.-Cuba Relations. Shall We Play Ball? (Routledge, New York, 2011), coordinado por Jorge I. Domínguez, Rafael Hernández y Lorena Barbería. Dicha revista publicó además en su blog Catalejo, una serie o dossier, en tres partes, denominada “El 17-D: secuencias y consecuencias”, sobre la etapa de las relaciones entre Estados Unidos y Cuba, en la que exponía una muestra de opiniones de numerosos especialistas. Diversos eventos han hecho suyo el tema, de modo directo e indirecto, entre los cuales puede mencionarse el Seminario Internacional “Cuba, Estados Unidos y México”, celebrado el 12 y 13 de mayo de 2015 en El Colegio de México; el XIV Taller sobre Cuba en la Política Exterior de los Estados Unidos de América, titulado “Aprendiendo el arte de la convivencia: Proyecciones y tendencias de las relaciones Cuba-Estados Unidos a un año de las declaraciones históricas presidenciales del 17 de diciembre, 2014”, convocado por el Centro de Investigaciones de Política Internacional (CIPI), adscrito al MINREX, en La Habana, del 14 al 16 de diciembre de 2015. En el Coloquio Internacional “El Hemisferio ante un entorno global cambiante y la reconfiguración regional”, organizado por la Coordinadora Regional de Investigaciones Económicas y Sociales (CRIES), del 6 al 7 de abril de 2015, en el marco de la VII Cumbre de las Américas, en Panamá, también se abordó el tema desde una perspectiva más amplia. Lo que predomina es el examen a nivel bilateral, identificándose obstáculos, posibilidades, esferas de intereses comunes y de divergencias, agendas, implicaciones y especulaciones, proyectadas hacia los escenarios futuros, con nuevos gobiernos en ambos países. La incursión en la situación interna en Cuba es una constante en los análisis y discusiones.
2. Las intervenciones de los presidentes de Cuba y Estados Unidos fueron divulgadas ampliamente por medios de prensa digitales e impresos, tanto de la isla como de la sociedad norteamericana y de buena parte de los países latinoamericanos.
3. Por ejemplo, entre los escasos trabajos sobre esta cuestión, se encuentran los de Alzugaray, Carlos (2014) “La actualización de la política exterior cubana”, en: Estudios de Política Exterior, No. 161, septiembre-octubre 2014, Ediciones de Política Exterior, www.politicaexterna.com, y Serbin, Andrés (2011) “Círculos concéntricos: la política exterior de Cuba en un mundo multipolar y el proceso

- de actualización”, en Luis Fernando Ayerbe (Coordinador), Cuba, Estados Unidos y América Latina frente a los desafíos hemisféricos, Buenos Aires: Icaria Editorial/IEEI/CRIES.
4. Otero, Lisandro (1993), “Nuestra América en vísperas de un nuevo siglo”, en: La utopía cubana desde adentro. ¿A dónde va Cuba hoy?, México: Siglo XXI Editores, p 55.
 5. Véase Schoultz, Lars (1999), Beneath the United States, Boston: Harvard University Press, p. 11.
 6. Lowenthal, Abraham (2010), “Estados Unidos y América Latina, 1960-2010: de la pretensión hegemónica a las relaciones diversas y complejas”, en: Foro Internacional, No- 201-202, Vol.3-4, México, p. 554.
 7. Véase Maira Luis (2008), “El próximo gobierno estadounidense y la ‘América Latina del Sur””, en Foreign Affairs Latinoamérica, vol. 8, núm. 4, México: ITAM.
 8. Schoultz, Lars Op. Cit., p. 7.
 9. Véase Veiga, Roberto y Lenier Gonzáles (2015), Después de Panamá: ¿Comienza una nueva política estadounidense hacia la región? Dossier sobre la VII Cumbre de las Américas, Cuba Posible, Proyecto del Centro Cristiano de Reflexión y Diálogo, La Habana, mayo de 2015. El dossier recoge criterios de especialistas estadounidenses, latinoamericanos y cubanos consultados, como Michael Shifter, Andrés Serbin, Carlos Alzugaray, Antonio F. Romero Gómez y Jorge Hernández Martínez.
 10. A Lowenthal, braham, *Ibidem*, p- 552.
 11. Véase Pastor, Robert (1992), Exiting the Whirlpool: U.S. Foreign Policy Toward Latin America, Boulder: Westview Press, o la edición en español, El remolino. Política exterior de Estados Unidos hacia Latinoamérica y el Caribe, México D.F: Siglo XXI.
 12. Hershberg, Eric; Andrés Serbin y Tullo Vigevani (2014) “La nueva dinámica hemisférica: potencialidades y desafíos”, en: Pensamiento Propio, CRIES, No. 39, enero-junio, p. 25.
 13. Serbin, Andrés. Después de Panamá: ¿comienza una nueva política estadounidense hacia la región?, Dossier sobre la Cumbre de las Américas de 2015, La Habana, Cuba: Cuba Posible.
 14. Castro, Soraya (2015) “La política de Estados Unidos hacia Cuba: formación, factores y fantasmas”, en Temas, No. 81-82, La Habana, enero-junio, p. 92.
 15. Hernández, Rafael en *Ibidem*, p. 106.
 16. “Cuba y Estados Unidos: un cambio de época”. Entrevista a William LeoGrande por Tahimi Arboleya, el 1 de octubre de 2015, en: <http://oncubamagazine.com/sociedad>
 17. Desde la primera etapa de gobierno de Obama, y hasta el desenvolvimiento de la segunda, sus proyecciones latinoamericanas fueron objeto de atención. Véase, entre otras referencias, Domínguez, Jorge I. (2010) “La política exterior del presidente

- Barack Obama hacia América Latina”, en: Foro Internacional, Vol. 50, No. 2, Abril-Junio, México; Serbin, Andrés (2010) “Obama y América Latina y el Caribe: a más de un año después”, en Pensamiento Propio, No. 31, CRIES, enero-junio; Hernández Martínez, Jorge (2010) “Déjà Vu: Cuba en la política norteamericana y el Gran Caribe”, en Pensamiento Propio, No. 32, CRIES, Buenos Aires, julio-diciembre; Bonilla, Adrián (2014) “El nuevo mandato de Obama y América Latina”, <http://flacso.org/secretaria-general/>; Domínguez Guadarrama, Ricardo (2015) “Cuba y Estados Unidos: El largo proceso del reconocimiento”, Latinoamérica, CIALC/UNAM, No. 60; Alzugaray, Carlos (2015) “Cuba y Estados Unidos: algunas claves de un viraje radical”, en Nueva Sociedad, No 255, enero-febrero; Fernández Tabío, Luis René (2015) “Estados Unidos-Cuba y el 17 de diciembre: ¿nueva etapa en sus relaciones bilaterales?”, en Huellas de Estados Unidos. Estudios, perspectivas y debates desde América Latina, Buenos Aires: UBA, No. 8, Marzo-Abril, 2015. <http://www.huellasdeeu.com/>; Domínguez Guadarrama, Ricardo (2015a) “Cuba y Estados Unidos: El largo proceso del reconocimiento”, Latinoamérica, CIALC/UNAM, No. 60, México, y (2015b) “Adenda a la agenda Cuba-Estados Unidos; la contextualización de la respuesta”, Archipiélago, México: UNAM, No. 87.
18. Smith, Peter H. (2008), *Talons of the Eagle. Latin America, the United States, and the World*. New York: Oxford University Press, Inc. Third Edition.
 19. Véase. Kegley, Jr., Charles W y Eugene R. Wittkopf (1996), *American Foreign Policy. Pattern and Process*. New York: St Martin’s Press, Fifth Edition.
 20. Véase Atlantic Council (2012), *Envisioning 2030: US Strategy for a Post Western World*, Washington DC.
 21. Véase Borón, Atilio (2014), *América Latina en la geopolítica imperial*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, p. 78.
 22. Véase al respecto capítulos de Andrés Serbin y Elsa Llenderozas en este mismo volumen.
 23. Véase Smith, Peter H. *op. cit.*
 24. Sullivan, Mark P. (Coordinator) (2015), *Latin America and the Caribbean. Key Issues for the 114th Congress*, R43882, Congressional Research Service, January 28, 2015, Washington DC, p. 33.
 25. Véase Lowenthal, Abraham F (2006), *The United States and Latin America in a New Era*. Remarks prepared for delivery at FLACSO, Chile, May 23, 2006.
 26. Véase Stiglitz, Joseph E. (2012), *The Price of Inequality. How Today Divided Society Endangers Our Future*. New York – London: W.W. Norton & Company, p. 285.
 27. Véase Meyer, Peter J. (2014), *U.S. Foreign Assistance to Latin America and the Caribbean: Recent Trends and FY 2015 Appropriation*. R43577, Congressional Research Service, September 10, 2014, Washington DC, p. 10.

28. Bureau of Labor Statistics. U.S. Department of Labor. *The Employment Situation*, March, 2015. Washington DC. Table A- 3, p. 11.
29. Véase Shea, Michael D.; Julia Preston and Ashley Parker (2014), "Millions May Stay and Work in Obama's Plan", *The New York Times*, November 14, 2014, p. A-1.
30. Véase Huntington, Samuel P. (2004), ¿Quiénes somos? Los desafíos de la identidad nacional estadounidense. México, Buenos Aires, Barcelona: Paidós Estado y Sociedad, pp. 319 – 335.
31. Véase Fernández Gustavo (2013), "Espejo y espejismos: las relaciones entre América Latina y Estados Unidos, Nueva Sociedad, No. 246, julio – agosto, p. 82.
32. CEPAL (2011), Aspectos destacados de la economía y el comercio entre Estados Unidos y América Latina y el Caribe. LC/G2489, mayo 2011. Santiago de Chile: Naciones Unidas, 38 pp.
33. *Ibidem*: 5.
34. *Ibidem*: 15.
35. *Ibidem*: 29.
36. *Ibidem*: 30.
37. Ver al respecto capítulos de Thomas Legler y Ramacciotti en este volumen.
38. Andrés Serbin, "Cuba y los Estados Unidos: ¿todos ganan?", en: <http://www.perfil.com/internacional/Cuba-y-los-Estados-Unidos-todos-ganan-20141217-0054.html>.